

Editor en Jefe

Roberto Antonio Vázquez Espinoza de los Monteros

Universidad La Salle, Ciudad de México

Editores Asociados

Ramsés Leonardo Sánchez Soberano

Universidad La Salle, Ciudad de México

Dulce María Meneses Ruíz

Universidad La Salle, Ciudad de México

Martin Flegl

Universidad La Salle, Ciudad de México

Alma Cossete Guadarrama Muñoz

Universidad La Salle, Ciudad de México

Juan Rodrigo Salazar

Universidad La Salle, Ciudad de México

Consejo de Redacción

Presidente

Eduardo Gómez Ramírez

Universidad La Salle, Ciudad de México

Vocales

José Octavio Alonso Gamboa (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Rosario Rogel Salazar (Universidad Autónoma del Estado de México, México), Roberto Antonio Vázquez Espinoza de los Monteros (Universidad La Salle, Ciudad de México, México).

Comité Científico Asesor

Edda Sciutto Conde (Instituto de Investigaciones Biomédicas - UNAM, México), Francisco Martínez Becerra (The University of Kansas, Estados Unidos), Martha Patricia Hernández Rodríguez (Universidad de la Salle Bogotá, Colombia), Hugo Oscar Besedovsky (Philipps-Universität Marburg, Alemania), Elisa Ortega Velázquez (Instituto de investigaciones Jurídicas de la UNAM, México), Sonia Parella Rubio (Universidad de Barcelona, España), Belen Fernández Suárez (Universidad de la Coruña, Departamento de sociología y comunicación, España), Manuel Ángel Castillo García (Colegio de México, México), Cristina López Vargas (University Pablo de Olavide, Seville, España), Kristyna Vltavska (University of Economics Prague, Republica Checa), Claude Romano (Université Paris Sorbonne, Francia), Miguel García-Baró (Universidad Pontificia Comillas, España), Adolfo García de la Sienna (Universidad Veracruzana, México), Pilar Fernández Beites (Universidad Complutense de Madrid, España), Guy Bajoit (Université Catholique de Louvain, Bélgica), Eduard Hackett (Savannah State University, EEUU), Agustín Serrano de Haro (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, España), Fernando Arias Galicia (Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México), Ma. Enriqueta Mancilla Rendón (Universidad La Salle, México), Frida Díaz Barriga Arceo (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Armando Ariza Castolo (Instituto Politécnico Nacional, México), Francisco Venegas (Instituto Politécnico Nacional, México), Juan Mascareñas Pérez Iñigo (Universidad Complutense de Madrid, España), Armando Martín Ibarra López (Universidad de Guadalajara, México), Antonio Hermosa Andújar (Universidad de Sevilla, España), Daniel Gutiérrez Martínez (El Colegio Mexiquense, México), Manuel González Navarro (Universidad Autónoma Metropolitana, México), Sara González Fernández (Universidad Complutense de Madrid, España), José Antonio García Macías (Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada, México), Gabriel Eduardo Cuevas González Bravo (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Óscar Castillo (Instituto Tecnológico de Tijuana, México), Pablo Cabanelas Lorenzo (Universidad de Vigo, España), Roberto Javier Blancarte Pimentel (El Colegio de México, México), Xavier Vilasís Cardona (Universitat Ramon Llull, España), Ma. Antonieta Martin Granados (Universidad Nacional Autónoma de México, México).

Maquetación

Luis Antonio Rosas Gómez (Universidad La Salle, Cd. de México),

Periodicidad semestral

Vol. 13, No. 50, julio-diciembre, 2018

ISSN impreso 1405-6690

ISSN electrónico 1665-8512

Publicación Electrónica, impresión de 30 ejemplares para resguardo bibliográfico. Reservados todos los derechos Posgrado e Investigación de la Universidad la Salle. Reserva para el uso exclusivo del título no. 04-2002- 2810271000-102, ante la Dirección General de Derechos de Autor, Certificado de solicitud de título no. 7960 y Certificado de contenido no. 5638. Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores. El logotipo y la denominación de la Universidad la Salle son marcas registradas.

Revista del Centro de Investigación

de la Universidad La Salle

Nueva época

Periodicidad semestral

Vol. 13, No. 50, julio-diciembre, 2018

ISSN impreso 1405-6690

ISSN electrónico 1665-8512

Esta revista, editada por la Universidad La Salle de la Ciudad de México, es una publicación electrónica con arbitraje ciego internacional de periodicidad semestral y de acceso abierto. En ella se publican artículos científicos, siendo un foro plural que posibilita la divulgación de la investigación.

El objetivo de la Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle es difundir el quehacer científico, tecnológico y humanístico realizado por la comunidad. Se espera que, en esta nueva época, los avances en ciencia, desarrollo e innovación publicados en este espacio, muestren también su impacto para la transformación y

equidad social, el desarrollo humano integral y sustentable, la atención a las nuevas pobreza con una base científica sólida, multidisciplinaria y transdisciplinaria.

Se aceptan trabajos que presenten resultados de proyectos de investigación. Todos los trabajos deben ser originales e inéditos y pasan por un sistema de detección de plagio que nos permite asegurar la originalidad de nuestros números. Además, el envío de algún trabajo a la Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle implica el compromiso del autor o autores de no someterlo simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.

La Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle se incluye en los siguientes sistemas de resúmenes hemerográficos: Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades de la DGB-UNAM, el Índice de revistas de Educación Superior e Investigación Educativa de la DGB-UNAM, el Directorio de Publicaciones Científicas seriadas de América Latina, el Caribe, España y Portugal, Catálogo comentado de Revistas Mexicanas sobre Educación Superior e Investigación Educativa de la DGB-UNAM. También forma parte de los siguientes índices de calidad: MIAR, Open Aire, Universia, Redalyc, EBSCO y Latindex.

La sede de la Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle está en la Dirección de Posgrado e Investigación de la Universidad La Salle, Ciudad de México. En la actualidad, además de su edición en papel, se difunde en formato electrónico a través de su página web: <http://revistasinvestigacion.lasalle.mx/recein>

Índice de contenido

Presentación editorial

Por Ramsés Leonardo Sánchez Soberano.....(1-12)

Apuntes para una fenomenología del dolor y el sufrimiento

Por Eduardo González Di Pierro.....(13-30)

Estrés hídrico en México bajo dos enfoques de huella de agua de escasez

Por Heryka Annette Olier Sarlat.....(31-46)

Realidad virtual para dar a conocer los atractivos turísticos de Tepeapulco, Hidalgo

Por Yair Félix Olvera Mejía, Mario Alberto Gea Pérez y Marco Antonio González Silva.....(47-68)

La Célula, La Estrella y el sano sentido común en Franz Rosenzweig

Por Saúl Kuri.....(69-108)

El derecho a la objeción de conciencia

Por David Ulises Guzmán Palma.....(109-134)

*Revista del Centro de Investigación
de la Universidad La Salle*

Nueva época

Periodicidad semestral

Vol. 13, número 50, julio-diciembre 2018

ISSN impreso 1405-6690

ISSN electrónico 1665-8512

Editorial

La complejidad de la investigación del presente exige plantear los problemas epistemológicos en términos funcionalistas. Gracias a ello podremos integrar los efectos sociales producidos por la investigación con impacto a diferentes teorías de la racionalidad. En esta tesitura nos encontramos ante la influencia del entorno y podremos reconocer las características internas de los sistemas pensados a partir de las perspectivas que anteceden y que delimitan de antemano al sujeto de conocimiento. Esta lógica está inmersa en las teorías de la performatividad. El acoplamiento de teorías de diferentes campos epistemológicos depende de la dificultad o facilidad que sus estructuras internas puedan soportar. Esto señala que la incompatibilidad entre principios epistémicos depende de la lógica sobre la que reposa el carácter interno de cada disciplina. En otras palabras, la interacción entre las ciencias pende del trabajo del científico por encontrar estados de vecindad. Una teoría de la racionalidad debe poner claridad en lo que permite deliberar entre las diversas posibilidades de los elementos que intervienen en el estudio o a los que se convoca dentro de un sistema, debe exponer los fundamentos que sostienen por qué se ha decidido entre ciertas opciones iniciales, para transmitir a la comunidad cuáles son las bases epistémicas desde las que se piensa y que sostienen su acercamiento. De entrada, esto supone que ninguna propuesta epistemológica puede deslindarse de la existencia de razones que están debajo de sus consecuentes afirmaciones, pues a través de ellas será desde donde se permite investigar de cierta manera y prefigurar los alcances de sus propias teorías y métodos de investigación. Estas formas, a través de las cuales se aceptan creencias o se deciden

cursos de acción, son incompatibles con la afectividad del sujeto cognoscente que se integra a un grupo –sea por clasificación histórica o por performatividad en el sentido que a esto le da Lyotard. Lo dicho señala que el modelo ha impuesto una concepción de sujeto netamente racionalista y que, cuando actúa epistémicamente, lo hace dentro de los términos de la racionalidad en la que se encuentra, así, en sus decisiones no intervienen momentos afectivos.

La marginación de los estados afectivos del sujeto, que ha sido el desplazamiento principal de las teorías del conocimiento clásica, descansa en la concepción de que el conocimiento tiene a un objeto fuera de sí y se extiende hacia éste para percibirlo, todo esto mediado por una subjetividad carente de prejuicios. El problema reside en la división de los ambientes donde se encuentra cada uno de los polos y en destinar todo ámbito subjetivo a salir de sí mismo para encontrar objetividad y que ésta es solo posible mediante la razón.

De modo que es necesario atender la concepción de los elementos *a priori* incuestionados; a decir, hay que problematizar la idea de que el pensamiento, cuando se mueve hacia su objeto de conocimiento, llega a una entidad constituida y terminada, que está afuera de éste y que cuando lo adopta, las condiciones en las cuales se da esta interacción permitirán que el resultado sea intrínsecamente verdadero. La ciencia clásica afirma que la racionalidad científica es el arquetipo de la racionalidad y que dicha racionalidad es propiamente el instrumento formal y metodológico para alcanzar la verdad – esto implica que de las vivencias personales no es posible hacer ciencia. La aceptación de que el gran supuesto científico consiste en que hay un adentro y un afuera es uno de los epítomes incuestionados en casi todas las teóricas epistémicas.

Así, el problema que está a la base consiste en tener una certeza respecto del ser de las cosas. Nuestra pregunta rectora así ya puede ser formulada: ¿cómo son las cosas? Esto implica hacernos de una ontología rigurosa que no sea hermética y que permita lanzarse transitivamente al acceso a los hechos. Así, la pretensión de ahistoricidad, tan familiar a la ciencia clásica, nos conduce a entenderla como el resultado de la convicción de que el ser de las cosas, –su Verdad mayúscula– es alcanzable por el ejercicio del entendimiento sobre los objetos, ya que éste funciona como el arquetipo donde sólo la razón se familiariza con el Ser del objeto en su última constitución.

Ricardo Gómez en *Racionalidad: epistemología y ontología* ya había detectado lo que hemos apuntado anteriormente, y es que para éste el racionalismo científico que

surge de Kepler y Galileo, sostiene que el mundo que estudia la ciencia se encuentra separado de la actividad cognoscitiva y que es ella la mejor posibilidad para conocer esa interacción. Es necesario sacar a la superficie un supuesto: se acepta que hay un afuera y un adentro donde «el mundo estudiado por la ciencia es independiente de la actividad de nuestra mente». De modo que la razón vendría a ser una identificación y la actividad mental debe poner una representación a partir de la cual atrapar el mundo para poseerlo. Estos mecanismos de interacción entre la mente y el mundo suponen un residuo insuperable: un lugar donde los dos encuentren congruencia y se establezca su sentido, a decir, una sujeción de lo real donde se lleve a cumplimiento el acoplamiento de esta disyunción, así, el mundo se convierte en una producción del sujeto. No obstante, ¿no estaríamos perdiendo mucho con ello?

Para el mundo científico Galileo representaba una de las salidas a las insuficiencias de la ciencia aristotélica. Su obra fue una de las extendidas influencias en el siglo XVII: lo hizo en pensadores como Leibniz, Spinoza y Descartes. Como es sabido, éste último buscaba fundamentar la ciencia y la filosofía sobre bases indubitables que permitieran separar lo oscuro de lo que se presentara clara e indubitadamente ante la mente. La mente es concebida como pensamiento y éste pensaba claramente cuando era posible ordenar diferentes datos del mundo, separándolos en islotes –analizándolos– para encontrar sus características fundamentales.

La pretensión científica asumida como el modelo capaz de encontrar el sentido último de las cosas es el resultado de la instauración de la creencia en que el método funcionaba como el dispositivo que lograría destruir cualquier dejo de extrañeza. Este método es producido por la cavilación de un sujeto solitario que, desde *las justificaciones legítimamente lógicas de la filosofía de su sillón*, como ha apuntado Larry Laudan, ha encontrado la fórmula perfecta para modelar las diferentes formas en las que aparece lo que acontece a su alrededor. De acuerdo con esto, una de las figuras que se opone a la linealidad de esta razón solipsista la encontramos en Kuhn, quien niega a la ciencia como arquetipo de la racionalidad por sus principios epistemológicos –alcanzar la verdad, tener un método específico, basarse en un sujeto que ha encontrado las bases de todo conocimiento, su atemporalidad, etc.– sino que ve en el progreso de ésta, o sea, en la capacidad para recopilar datos que sirvan para abandonar teorías insuficientes para explicar nuevos fenómenos emergentes, la radicalidad de la ciencia misma. Para Kuhn lo fundamental de una teoría no estriba en su lógica, sino en la

capacidad de ser aceptada en una comunidad, a esto le llama *interpretación comunitaria*. Aquí asistimos a la intervención de un componente externo a la racionalidad clásica. Para Kuhn la ciencia es paradigmática y los cambios que en ella se dan se presentan en momentos de inestabilidad de los principios adoptados: “Es decir, que a partir de la idea de «paradigma» de Kuhn, lo irracional deberá responder a los problemas de su entorno, eliminando las pretensiones ahistóricas de la «ciencia normal» para preparar el terreno para pensar que la ciencia no es el resultado de una teoría abstracta y que la adopción de ciertos principios no proviene de un fenómeno puro y lógicamente necesario, también sería accidental.

De acuerdo con lo anterior ya podemos pensar que la ciencia contemporánea toma en cuenta el accidente y se deslinda de abstracciones para abrirse a las diferencias y concebir la ciencia como un resultado que históricamente se ve afectado por ellas. La afectividad se hace presente y se refiere no sólo al sistema que se ve impelido por elementos en los que no se había pensado, sino que acepta la temporalidad de éstos señalando que todo sistema tiene un principio y un fin –que es temporal– y que dicha temporalidad tiene referencia a los sujetos que intervienen en su gestación. Así, la instauración de nuevas formas de conocimiento también depende de las estructuras sociales en las que están envueltos los sujetos.

Los sociólogos Barnes y Bloor, de la Escuela de Edimburgo, afirman que las causas de las creencias científicas están determinadas por los factores sociales, porque son ellos los que les dan valor a las aportaciones científicas. Esto puede verse a partir de la creación de la Imprenta en el siglo XV. Con la producción de una tipografía que no fuese rígida la impresión de textos religiosos y científicos fue más accesible a la comunidad general. Su efecto social fue la concepción de la lectura en voz alta en comunidad y la disminución de una lectura solitaria y mental. En este sentido las aportaciones tecnológicas abren nuevas formas de construir el mundo, produciendo un cambio de paradigma dentro de la sociedad y haciendo que éste tenga nuevas prácticas para con su entorno. La Imprenta cambió la forma de entender la lectura pues se dispersa desde la jerarquización de los grupos “autorizados” hacia la individualidad de los sujetos, influyendo en la sociedad y haciendo que ésta sufra cambios.

De acuerdo con lo dicho, Donald Campbell se lanza a la búsqueda de una epistemología que tome en cuenta la condición del hombre como producto de la evolución del conocimiento, integrando a sus estudios elementos salidos de los sistemas

de conocimiento del sistema lamarckiano-darwinista. En ellos el conocimiento no está reconocido como una entidad *autosuficiente* con *identidad propia* o *separada* del entorno en el que se encuentra. De modo que no es posible sostener que en el conocimiento existen *fundamentos últimos* o que partimos de *criterios absolutos*. El epistemólogo no está más allá de los marcos conceptuales en relación con los cuales se construye la ciencia, los habita. No tiene un punto de vista privilegiado sino preguntas y problemas que le impelen. En la concepción de Campbell encontramos un sujeto influido por su entorno que selecciona teorías a partir de las variables de las que dispone, elige la que considera ofrece mayores avances respecto a las existentes, donde los datos que le son adventicios forman parte de su concepción epistemológica del mundo y así es posible afirmar que las inferencias llevadas a cabo están influidas y referidas al momento histórico desde el que habla.

De modo que la ciencia actual señala que el sujeto no está solo: las diferentes concepciones del mundo que se producen están en constante competencia y selección. Así, el progreso de las ciencias depende de las comunidades científicas. Lo dicho coincide con la crítica de Paul Thagard al modelo biológico de Campbell. El primero afirma que el análisis de la transformación de un modelo epistemológico debe tomar en cuenta la actividad intencional de los científicos para formular nuevas teorías o conceptos, que la selección de teorías refiere a los fines científicos y no a la superación meramente teórica de propuestas anteriores, ya que el progreso de la ciencia tiene sus bases en la aplicación de los criterios científicos que provienen de la organización de las comunidades científicas y no de la absorción del entorno por parte de un sujeto evolucionado. Por ello, al querer analogar el modelo lamarckiano que trata del desarrollo biológico, Campbell no puede ver que existen otros factores en la transformación de los modelos epistémicos que están al interior de las mismas teorías y que no siempre es por una influencia externa al sujeto.

¿Qué nos enseña todo esto? Si el epistemólogo se encuentra dentro del sistema a través del cual observa el mundo, las teorías sólo pueden ser funcionales dentro del entorno que quieren explicar –lo que nos obliga a respetar sus principios gnoseológicos– y, si no hay sujeto absoluto de conocimiento, además de que toda teoría es histórica y por ello depende de la interacción que la organización científica profesa, y, además, las teorías son históricas porque tienen un principio y por ello tendrán un final, ¿no tendríamos que aceptar la necesidad de nuevos elementos que deben ser reconocidos en nuestro análisis y dejar de «par en par» las puertas y las ventanas para

que intervengan fenómenos que no podríamos ver desde nuestro punto de partida? Esto fue lo que percibió Lyotard cuando analizó la influencia del desarrollo económico de las sociedades industriales en el conocimiento científico. Esta es la situación que estamos viviendo ante el crecimiento de los modelos inter y transdisciplinares como modelos rectores del impacto social.

El impacto social de una teoría tendrá que ser congruente con las necesidades que el mismo entorno le exija y ello implica acercarse a la clase dominante que permita la subsistencia de la transmisión del conocimiento. Ante la inevitable competencia de las diferentes formas de generar conocimiento, ante la pluralidad de *relatos* que encontramos en su transmisión, nos vemos impelidos por una visión pragmática –quizá la más radical que dio el siglo pasado– en referencia a la transmisión del saber. El saber gestado desde aquí debe sustentarse en su utilidad, o sea, debe ser producido para ser vendido y es valorado en el consumo del mismo. Queda expuesto uno de los mayores riesgos que vive la ciencia que nos impele y, al mismo tiempo, se expresa el problema de la valoración del saber como fenómeno supeditado a la aceptación en el entorno en el que se encuentra, esto es, toda estructura del saber estará en interacción recíproca con la cultura que le rodea. Así la interacción entre lo que subsiste y lo necesario está conformada bajo una especie de dialéctica en la que hay reestructuración, rechazo y eliminación.

El problema de la interacción entre los elementos que intervienen en una teoría, sin importar cuáles sean sus principios ontológicos o las condiciones que le hacen sobrevivir, es un ejemplo de la constante lucha del conocimiento en tanto que todo proceso cognoscitivo supone algo que debe conocer, algo donde se puede encontrar y algo que le permite aparecer para funcionar. Hemos visto la caída de ciertas estructuras que preformaron el pensamiento y que le permitían pensar de una manera, hasta el extremo de que si el conocimiento no fuera un algo reticular –en el momento en el que nos encontramos- seguramente estaríamos pensando y actuando de otra manera.

¿Cómo funciona el conocimiento? Ahora podemos decir que esa respuesta sólo es posible exponerla en la temporalidad en la que surge su cuestión y que la validez de las soluciones encontradas está sostenida por los enclaves que éstas tengan con el entorno en el que nos encontramos. La razón es hoy día, a partir de la introducción en el saber de intereses privados, una pieza que se anexa a un sistema y en el que funciona a través del impacto social que emerge de ella. Ningún sistema es autónomo, sino que

está interferido por su entorno y su sobrevivencia depende de argumentos, decisiones, contactos, poder, sustentabilidad, consumo... y diversos elementos que reconfiguran su manipulación en el mundo.

Los trabajos que encontramos en este número de la Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle responden a este diagnóstico. En ellos el saber ya no está sostenido en categorías ancestrales. Nos han permitido saber que es necesario recuperar otros elementos para que la ciencia avance. Estos pueden ser resumidos como sigue: a) hay una clara transformación en la visión del conocimiento, b) una insuficiencia del conocimiento por autosustentarse teóricamente, c) una intervención de los discursos de poder en las investigaciones epistemológicas, d) es necesaria una visión inter y transdisciplinar, e) la afectividad de los sujetos interviene en las organizaciones científicas, f) hay una inapropiada visión que margina la doxa como objeto que produce conocimiento, g) es necesario aceptar la historicidad del conocimiento mismo, h) hay diversidad de discursos, i) la especialización en sectores universitarios obliga a la interacción entre comunidades científicas, j) el poder económico de las universidades y del entorno político depende del ecosistema en el que se encuentran, k) es necesario que la Universidad se empodere a partir de gestionar el acceso a la información, l) etcétera.

Los trabajos presentados se acercan al conocer epistemológicamente, lo hacen a través de preguntas y, por ello, nos obligan a indagar. Al plantear otras preguntas, éstas tendrán que tener congruencia con el momento que vive la epistemología y la teoría del conocimiento que los sustenta y toda pregunta es planteada en los términos que sus mismos puntos de partida les permiten. Es por ello que encontramos estudios sobre el agua, derecho y fenomenología, técnicas virtuales para economizar pueblos, disputas teóricas sobre el pensamiento de un autor y una fenomenología del dolor y el sufrimiento. Cada uno de estos trabajos es una perspectiva, pero de lo que se trata ahora es de recuperar los puntos de partida para saber que incluso, cuando todo parece estar disperso, hay todavía la esperanza de pretender que la ciencia siga avanzando sin importar que no haya un único camino para hacerla.

Dr. Ramsés Leonardo Sánchez Soberano

Editor Asociado

Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle